

"Empezaba el año escolar de 1917 y , desempeñando por entonces la vice dirección de la Escuela Normal de Profesores N° 1 "Pte. Roque Sáenz Peña" fui llamada por el entonces Excmo. Señor Presidente de la Nación Don Hipólito Yrigoyen. Con sentidas palabras me habló de la ciudad de Avellaneda, lamentando que, pese a estar a las puertas de la Capital Federal, careciese de una Escuela Normal y otros establecimientos de enseñanza secundaria.

Me anunció que me encomendaría la fundación y organización del primero de esos establecimientos, para habilitarlo lo antes posible. Para obviar dificultades, recibí órdenes de S. E. el Señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor José S. Salinas.

De inmediato, comencé a buscar el local adecuado para la escuela a crearse; tarea difícil ésta, por cuanto la ciudad no contaba con edificios que respondieran ampliamente a tal fin. Como la noticia había saturado de alegría al pueblo de Avellaneda, todos _ hombres mujeres _ intervinieron en el hallazgo eficiente. Fue así que el dueño de un instituto particular sito en la calle Levalle cuyas finanzas no eran florecientes, lo ofreció en alquiler. La ubicación era buena; a una cuadra de la Avda. Mitre.

Entretanto, el Ministerio había designado personal para el Departamento de Aplicación y primer año secundario, personal de maestranza, etc. Eran jóvenes recién egresadas: unas, de la Escuela Normal de Profesores; otras, de la Escuela Normal de la Plata. Un reducido número de ellas se había iniciado ya en la carrera docente; la mayor parte - casi todas- iban a comenzar su carrera en una escuela nueva que carecía de todo, muy distinta por cierto de aquellas de las que habían egresado. Pero con fe, entusiasmo, seguras que iban a servir a una obra social, educando y formando caracteres, para que los jóvenes y las niñas pudieran

responder a las exigencias cada día mayores del progreso nacional; animadas por la vocación docente, que hace milagros...

La Escuela no tenía presupuesto. Por lo tanto, era un local vacío pero amueblado espiritualmente, con los mejores propósitos, llevados por un ideal y la decisión para realizarlo. Nos facilitaron mesas, que forrábamos con papel de color para que parecieran más hermosas; pintábamos bancos. Los vecinos nos traían sillas, otros aportaban pizarrones. Cada maestro ofrecía su donación grande o pequeña. No había laboratorio ni museo, ni biblioteca; faltaban armarios. Los profesores de cada especialidad buscaron los elementos necesarios para que sus clases fueran interesantes y, en la cocina de la casa, repartido el espacio entre todos, se almacenaba el material a utilizar en sus clases.

El señor Antonio Mentruyt fue benefactor de la escuela. Nos facilitó mapas y demás elementos indispensables para iniciar las clases. En esta forma precaria se libró la escuela al servicio público el 13 de junio de 1919. Autoridades, padres, industriales acudieron a su inauguración, que fue modesta como su dotación...

Comenzó luego la tarea de ponernos de acuerdo sobre la planificación de nuestra labor. No teníamos horarios de trabajo; de la mañana a la noche estábamos en la escuela, que tenía dos turnos por la escasez de aulas. Los programas de enseñanza eran sintéticos; había que analizarlos y desarrollarlos. Estoy segura que los docentes de aquella época no habían olvidado nuestras reuniones, donde buscábamos una correlación en las distintas materias para no cansar al alumno, ganar tiempo y dedicar, dentro de las mismas, todos los medios para contribuir eficazmente a la información e información del educando.

Fueron jornadas inolvidables para todos. Quizá los causé con mis exigencias. Llegaba de Europa, adonde había sido enviada en 1914 por el consejo Nacional de Educación el

Ministerio de Justicia e Instrucción Pública y la Asociación Nacional del Profesorado; y donde asistí a la "reforma escolar italiana". Pletórica de iniciativas, quería volcar en la organización de nuestra escuela lo que conviniera a ella: relación con los padres, con los centros de cultura, con el pueblo. Pero carecíamos de todo y pensé que, con el tiempo, la escuela llegaría a ser orgullo de la Nación. Mi predicción se ha cumplido: ha llegado a ser madre de otras ramas de la enseñanza, dándose la mano la cultura y el trabajo multiforme de Avellaneda.

La escuela era mixta y no creó problemas. Las relaciones entre profesores y alumnos fueron encomiables. Había respeto a la jerarquía, acatamiento a las indicaciones y responsabilidad de ambas

partes.

Conversé a menudo con los alumnos, y con los padres, que habían soñado encontrar un hogar espiritual, que les diera tranquilidad para el futuro de sus hijos... Quedaron estas aspiraciones suspendidas a la inteligencia y a la voluntad de los alumnos y a la cooperación de los padres... Esta necesidad nos llevó a organizar la Asociación de padres, que tanto nos ayudó a superar las muchas dificultades con que a diario tropezábamos.

¿Qué puede decir de mis colaboradores en esta obra de tanta responsabilidad y de tanto esfuerzo? Que tuve el privilegio de contar con personas cultas, jóvenes y entusiastas, siempre dispuestas a superarse, incansables en el trabajo, eficientes en su obra, en la colaboración para todo lo que representara el progreso de la institución. Para los que pasaron a la Eternidad y para los que actúan o ya se han retirado, mi mejor recuerdo; mi gratitud por su leal dedicación al cumplimiento del deber.

La paz, la alegría y la armonía nos acompañaron siempre

en las horas difíciles de organización, sin los elementos necesarios, para poder - en una aspiración común- subordinar nuestros mejores pensamientos a los intereses de la Patria y los alumnos. Hemos cumplido con el deber; ¡Lo hemos amado!"

Dra Matilde Teresa Flairotto de Ciampi

Fuente: "Libro de oro del Cincuentenario"